

## *“Una perspectiva de sentimiento”*

(Henri Matisse)

Seguramente, tras un primer vistazo, cualquiera de nosotros estaría dispuesto a aceptar que la obra de Luis Hinojosa puede encuadrarse en la tradición cubista, entendida esta en sentido amplio, debido a la proximidad de su lenguaje. Sin embargo, si pensamos en esta afinidad, nos encontramos con varios problemas que nos llevarán a dudar de tan apresurada afirmación de parentesco. Veremos cómo comparte algunos aspectos con dicha tradición y cómo, sin embargo, se aleja decididamente en otros, planteándonos una íntima reflexión sobre la relación entre dos mundos: el ya legendario principio del siglo veinte y el actual, paradójicamente tan lejano y tan cercano a la vez.

El cubismo, nacido hace ahora casi un siglo, surge fundamentalmente con una voluntad de ruptura frente a una modernidad que aparecía cargada de valores absolutos y pretensiones de objetividad y certeza, al amparo de los nuevos descubrimientos científicos y tecnológicos. Las leyes de la perspectiva que habían sido utilizadas desde el Renacimiento habían servido de fundamento para crear la ilusión de un mundo objetivo más allá de nuestra percepción fragmentada. Un mundo idealmente ordenado, permanente y racionalmente estable se presentaba ante un sujeto convertido así en espectador inmóvil, omnisciente, divinizado. Un recién nacido relativismo va a poner todo esto en duda. Una nueva manera de mirar está surgiendo, el sujeto comienza a moverse alrededor del objeto y, asumiendo la fragmentación de las múltiples perspectivas posibles, será él quien deberá ordenarlas y componer la imagen del objeto que habrá dejado así de aparecer como algo acabado, absoluto e inmutable.

Esta nueva forma de mirar la realidad, sin embargo, no conseguiría despegarse todavía de una tan larga tradición. Habría que remontarse mucho más allá del Renacimiento para encontrar las raíces de este idealismo que había desdoblado la realidad en dos, desdeñando el mundo cambiante de los sentidos en favor de otro mucho más estable y seguro.

Por otra parte, la fe en la razón, propia de la modernidad, quiso ver aún en los albores del siglo veinte un hilo de continuidad, interpretando la yuxtaposición de los múltiples puntos de vista de un objeto como una más amplia aprehensión de la realidad en términos de síntesis y por lo tanto de progreso, como se entendió en el futurismo y sus muchas ramificaciones posteriores.

Estas dos formas de abordar la cuestión, tal vez opuestas, las encontramos en la actualidad, estableciéndose un puente que nos acerca a aquel otro principio de siglo. Sin embargo, es razonable pensar que nuestra privilegiada

visión del pasado, proporcione a los artistas en la actualidad una mayor libertad frente al lenguaje que se manifestará en su experiencia creativa.

Es en este contexto donde podemos plantear que la obra de Luis Hinojosa, comparte con el cubismo un lenguaje que nos muestra una nueva forma de mirar la realidad que se enfrenta a las leyes de la perspectiva renacentista divinizadora del sujeto, y que sin embargo se aleja de la modernidad al presentarnos un mundo, quizás posmoderno, en el que los sentidos conforman una realidad compleja, subjetiva, fragmentada y soberana; un mundo pleno de sensualidad y ternura, en el que la magia y la poesía desplazan sin aspavientos la razón y la pretensión de sentido sintetizador.

La manera tan personal de mirar el mundo que Luis Hinojosa nos muestra, y que a través de sus dibujos y sus esculturas nos hace partícipes y cómplices, es una sutil pero contundente afirmación de la vida.

Hubert Dethier ha dicho que la contemplación es el silencio sagrado donde el sentido de lo finito aparece y donde la existencia alcanza la meta esencial de la vida. Sin duda la obra de Hinojosa nos invita a la contemplación. Sus figuras participan de ella, diríase que se saben observadas, admiradas, e incluso a veces se muestran generosamente complacidas. Otras, nos contemplan a su vez desde su propio cosmos antropomórfico construido como impasible desafío al caos.

Quizás el arte sea un intento de ordenar el caos, como dijera Deleuze. El orden personal y decididamente subjetivo de estos dibujos y estas esculturas - acaso siempre dibujos-, es un orden perfectamente instalado en la finitud, y sin embargo, las figuras trascienden sus propios límites construidos a base de líneas o planos, trazos seguros y contornos que al ser transgredidos desde su interior invaden nuestro espacio formando un todo indiferenciado, un continuo que diluye la distancia entre el sujeto y el objeto, y nos precipita en ese mundo del autor en el que la diferencia entre fantasía y realidad ha desaparecido, el tiempo y el espacio se han disuelto y la relación entre lo esencial y lo accesorio se ha vuelto borrosa.

Mediante un lenguaje próximo a la modernidad, que nos hace pensar en Picasso, Archipenko, o Léger, Luis Hinojosa, guiado por su propia experiencia creativa y por un profundo e íntimo conocimiento del dibujo, nos muestra un mundo -que diríamos posmoderno-, complejo y rico, libre y soberano. Su mundo.

Alberto Gómez Ascaso.